

La loba, no pudiendo alcanzarle, se encarnizó con el desgraciado perro del pastor, huyendo después en dirección del bosque cercano.

Al día siguiente, 12, en Chadrets, junto á Belabre, el mismo carnícero atacó á un rebaño que estaba pastando; después se dirigió á Terrier-Porcher, en donde persiguió hasta el patio de la granja al joven Monneteau, de catorce años, criado de la casa del colono de la finca.

Ahora bien: Dallais, guarda del Vizconde de Pully, y que se hallaba á unos 150 metros de la posesión, habiendo oído pedir socorro, corrió al momento en dirección de la voz, y al llegar á una distancia de 60 metros disparó contra la loba, cuya pata posterior derecha quedó atravesada por la bala.

Al sentirse herido el animal, dió dos ó tres vueltas, y después se lanzó furioso sobre Dallais, el que, no teniendo más carga que la del otro cañón de su escopeta, y esa de perdigones, le volvió á tirar á unos 25 metros, hiriendo de nuevo á la loba en medio de la frente, sin que por esto detuviera su acometida.

Rompió la escopeta en la cabeza del animal, sin conseguir más que enfurecerlo, y entablóse una lucha cuerpo á cuerpo, en la que Dallais fué mordido en la pierna derecha y en el brazo izquierdo, teniendo además atravesado de una dentellada el dedo índice de la mano izquierda.

Estaba ya próximo á sucumbir, cuando, por un esfuerzo supremo, agarrando al carnícero por el cuello, consiguió echarlo al suelo y sujetarlo debajo de su cuerpo, hasta el momento en que, agotadas sus fuerzas, vió llegar al colono de la finca armado con una hoz.

Habiendo colocado ésta en el cuello de la loba para sujetarla en el suelo, Dallais pudo entonces emplear su cuchillo y la mató.

Dos horas después de esta lucha sangrienta, Dallais fué visitado por dos médicos del pueblo vecino, por la gravedad de las heridas.

La autopsia de la loba, hecha al día siguiente por el veterinario de Blanc, probó felizmente que el animal no estaba hidrófobo, como se había creído en principio.

V

En América he cazado muchas veces el lobo, que allí se apellida *odorífero*, por el fuerte olor que exhala. Vaga el lobo americano por las orillas del Misuri en los Estados Unidos.

Aquel lobo se parece mucho al común, y sólo difiere por el pelaje. Sus hábitos son los mismos. Se reúnen en bandadas, con sus jefes á la cabeza, y atacan á varios animales.

Los lobos americanos merodean sin cesar, persiguiendo gamos y otros animales rumiantes. Algunas veces logran vencer al imprudente bisonte separado de la piara.

A los salvajes que pueblan las faldas de las Montañas Rocosas y las orillas del río Arkansas, el lobo les inspira gran pavor. Cuando han dado muerte á algún lobo, le desuellan, y ostentan, á guisa de trofeo, su piel, con las que cubren sus desnudas espaldas.

El lobo americano es cobarde como el resto de sus congéneres. Audobón refiere⁽¹⁾ el siguiente hecho, del que fué testigo presencial.

«Un cultivador, que había sufrido las algaradas del lobo, abrió varios fosos alrededor de sus tierras.

Una mañana fueron hallados prisioneros dentro del foso tres lobos, dos negros y el tercero rojo, todos de gran talla y adultos. Las alimañas se hallaban acurrucadas, bajas las orejas y expresando con la mirada más terror que cólera.

—¿Cómo lo haremos para poner la mano encima de los lobos?—dije yo al cultivador.

—Muy sencillamente: bajando al foso y desjarretando á los lobos.

Novicio en tales ejercicios, decidí ser mero espectador.

—Como queráis,—dijo el cultivador.

Y, armado de una hacha y un cuchillo, bajó al foso.

Con gran serenidad y destreza cogió el aldeano, una tras otra, las piernas traseras de los lobos, y de un solo golpe les cortó el principal tendón. Estaba tan tranquilo como si marcara corderos.

Mas, apenas había subido, lanzó una interjección, exclamando:

—Pues ¡voto á...! ¿No he olvidado la cuerda? Corro á buscarla.

Y, ligero como un mancebo de quince años, volvió á bajar al foso. Ató el lazo alrededor del cuello de uno de los lobos, y subió de nuevo.

Situado yo al borde del foso, y teniendo en la mano el extremo de la cuerda, ayudado del cultivador, fuí sacando, uno tras otro, los lobos. Pero lo más admirable es que estas alimañas, sumidas en el más completo estupor, no se defendían.

Tendidos en el suelo, pero sin vida, yacían los tres

(1) Audobón: *Scènes de la nature dans les Etats-Unis*

lobos. Lanzamos sobre ellos los perros, que los estrangularon. Sólo una loba se defendía con algún valor: los otros dos sucumbieron sin resistencia.»

Los esquimales cazan el lobo con grandes ratoneras, teniendo dentro, como cebo, el cadáver de un animal cualquiera. Una vez aprisionado, aquellos indígenas le matan desde fuera á lanzadas.

El lobo de Egipto es más pequeño que el de Europa, pero tiene muchas semejanzas con él.

El pelaje del lobo de Egipto es de un gris ceniciento

y amarillo, manchado de negro y rojo, y lleva impresa en el cuello una gran mancha oscura.

El lobo de Egipto se halla en el Africa oriental, donde se le apellida, por los indígenas, *Abn-el-Hossein*.

VI

Los chacales son lobos de diminuta talla. Hállanse así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo.



La caza del chacal á la carrera

El chacal común, ó lobo dorado, es probable que sea el que la historia sacra denomina *renard*.

El nombre de *chacal* deriva del persa *Sjechal*, que ha degenerado, en turco, en *Schikal*. Los árabes les apellidan *Dieb ó Dhib* (el aullador), y es difícil hallar un nombre que mejor les cuadre.

Según Bombonnel, los árabes, que conocen á maravilla las astucias y arterias del chacal, le llaman *tháleb* (el sabio).

El chacal es vigoroso, alto de piernas, con el hocico más puntiagudo que el lobo, pero menos que la zorra. Su cola espesa le cuelga hasta los pies. Tiene las orejas cortas y las pupilas redondas.

El cuerpo del chacal mide unos 70 centímetros de largo, y la cola 30, y su altura es de 50 centímetros.

Bombonnel dice haber cazado un chacal que pesaba 15 kilos.

El chacal exhala un hedor pestilente y desagradable; pero es raro que semejante olor sea propio del chacal salvaje, pues la segunda generación del que se halla en cautiverio no despide tal olor.

El chacal abunda en el Asia Menor, en Persia, á orillas del río Eufrates, en Palestina y en el norte de Egipto.

El verdadero chacal no existe en el resto del continente africano y en las Indias, y es reemplazado por uno de sus congéneres.

En Europa sólo se halla (y aun es rareza) el chacal en la Morea y en algunas de las penínsulas de la Dalmacia.

El chacal común mora en los cantones montañosos con preferencia á los países llanos, y se oculta en los bosques frondosos, sobre todo durante el día. Al anochecer salen los chacales de caza, reunidos en gran número.

El chacal corretea algunas veces solo. Es el animal más audaz y molesto de la familia de los perros.

El chacal no huye la vecindad del hombre. Se introduce en los villorrios, y aun algunas veces en los patios de las casas. Aquella alimaña arrebata todo lo que encuentra, y durante la noche es en gran manera molesto por los lúgubres aullidos que deja oír, y que turban el sosiego y el reposo.

Así que el Sol ha desaparecido del horizonte, óyense por doquier los aullidos repetidos del chacal, que semejan á los de los perros, pero que son mucho más prolongados.

Semejantes aullidos no son señal de dolor, pues aquellas alimañas, después de haber comido con voracidad y satisfecho su apetito, siguen aullando lastimeramente.

Nada más melancólico que oír de noche aquel concierto lúgubre, que dura hasta que alborea. El viajero perdido en las soledades siente indefinible emoción al oír gritos que semejan, á veces, voces humanas pidiendo socorro.

Los chacales se contestan unos á otros; de suerte que una comarca poblada de tales fieras no da punto de reposo á sus moradores. No es, pues, de admirar que sientan hacia el chacal odio invencible, y que cuando hablan de él empleen vivas interjecciones y juramentos.

Los chacales destruyen algunos animales dañinos, y limpian las calles de algunos miserables villorrios de *debris*; pero todos los servicios que prestan al hombre no compensan los grandes perjuicios y destrozos que ocasionan.

Los chacales devoran todo lo que hallan al alcance de su astucia, y llega su audacia hasta el punto de merodear en los patios, tiendas, establos, etc., etc. Su pasión por el robo supera á su voracidad. Cuando los chacales penetran en un gallinero, rivalizan, por sus fechorías, con la zorra, y degüellan con tanto frenesí y rabia á los pollos y gallinas como la marta. A veces llega el chacal á atacar algún cordero ó cabra separados del rebaño. Da caza á las piezas pequeñas, y en sus ocios devasta los prados y viñedos.

Bombonnel ha sido testigo de varios rasgos de audacia realizados por el chacal.

«¡Cuántas veces—dice aquel célebre cazador de pan-

teras⁽¹⁾,—al hallarme junto á mi cebo, he oído de noche los aullidos del chacal, matizado con claros y oscuros, de tal suerte, que parecían dar la voz de alerta á las demás fieras advirtiéndoles el peligro!

Fatigado de correr sin tregua ni descanso, sin dar con la pantera, me disponía á plegar mi tienda, cuando un árabe me dijo:

—¿Por qué no vienes á mi jardín á destruir los jabalíes que han destrozado la cosecha de maíz y se disponen á hacer lo propio con las patatas y sandías que empiezan ya á estar en sazón?

—Vamos, pues,—contesté.

En efecto: tres cuartos de hora antes de amanecer me aposté en el huerto del árabe.

El Sol despedía ya sus últimos reflejos, cuando vi á un chacal que muy retozón se dirigía hacia el campo sembrado de patatas. Dió algunas vueltas, olfateó por todos lados, y tranquilizado, sin duda, comenzó su tarea de sacar las tripas de mal año.

El huerto hallábase cerrado por todos lados por una especie de *tabús* de tierra de suave pendiente. En aquel momento el chacal arrastraba una gran sandía. Había recorrido unos 5 ó 6 metros empujando aquella legumbre, cuando, siendo más rápida la pendiente, se le escapó, y rodando la sandía fué á parar cerca á la mitad del huerto.

El chacal, sin desconcertarse, comenzó de nuevo su tarea; pero, al llegar á la mitad, cogió con los dientes el rabo de la sandía, y avanzó penosamente, arrastrando un fardo que pesaba, al menos, de 7 á 8 libras.

Esta vez había recorrido doble trecho que la anterior; y veía ya desaparecer al ladrón entre los matorrales, cuando vi de nuevo á la sandía rodando por la pendiente, seguida del desdichado chacal. La alimaña examinó por todos lados la sandía, medio destrozada y con el rabo roto.

El chacal pareció reposar un momento. Alborozado por tan jocosa escena, rezaba á San Huberto para que no viniesen á turbarla los jabalíes. Durante un instante creí que el chacal abandonaría el campo, pero me equivoqué.

La alimaña aulló de una manera muy parecida á un perro, y, á unos 300 metros de distancia, un grito le contestó, y algunos segundos después otro chacal se hallaba á su lado. Los dos animales, lenta y pausadamente, empujaron con el hocico la sandía; y ya iban á salir vencedores de su empresa, cuando la maldita legumbre rodó de nuevo desde lo alto y velozmente, y no paró hasta el otro lado del huerto.

(1) Bombonnel. *Le tueur de panthères*. Paris, 1863.